

EL RELÁMPAGO

[Contactar con la autora](#)

[Volver a la portada principal](#)

Capítulo 11

Sin abrir siquiera los labios ni hacer gesto alguno, el duque tomó a Lúa y la cargó sobre sus brazos como si aún fuese una niña. Camino del baldaquín, ambos fijaron sus ojos sobre los contrarios, manteniéndolos firmes y sin pestañear. Sus miradas centelleantes se mostraban a tono con el ambiente exterior del albergue nocturno que los estaba acogiendo...

El aristócrata descorrió los velos del dosel, y antes de recostar sobre él su femenina carga, se entregaron un beso en los labios, corto, pero tierno. Llegó así su primer intercambio de goces y el primer licuamiento de aquel par de bocas anhelosas... Tendió a Lúa sobre el lecho y, acto seguido, ella misma se desprendió de la ropa que ocultaba su cuerpo sin prisas, derramando poco a poco las delicias de su gentil anatomía sobre los atentos ojos del duque...

-Disculpad mi prontitud, la cual espero no os resulte enojosa. Vos todavía no conocéis mi cuerpo en sus verdades, que, aunque discretas, os ofrezco por entero para disfrutarlas en vuestra compañía. Sois el primer hombre en mi vida a quien las presento, y no dudéis ni por un momento que vuestro será el privilegio de la exclusividad. Venid, si así os place. Yo misma seré la esclava que os despoje de vuestras ropas, pues entregada por completo y rendida ante vuestro infinito atractivo me tenéis.

El duque accedió a los ruegos de su solicitadora y fue a sentarse junto a ella, mulléndose sobre el edredón.

-Primero las botas, mi señor. Por limpieza, y porque temo llevar mis manos a otras partes más comprometidas, que sólo de pensar en ellas me consumo. Así, muy bien, una... Y ahora la otra...

Lúa se abalanzó sobre los pies desnudos del duque y los llenó de tal modo con besos y caricias que parecía fuese a devorarlos. Pero enseguida se contuvo, y a continuación dirigió prestos sus dedos a desabrocharle los botones de la casaca. Abierta la promesa de un pecho irresistible, se la retiró por completo, y lo que tan solo eran indicios ocultos bajo los tejidos primorosos, se manifestaron ahora en todo su esplendor. Lúa ya conocía aquellos senos tentadores insertados sobre el cuerpo indefinidamente masculino del duque, pero solo en la lejanía y a través de la vista. Así que ahora, sin más interludios, los besó con viva complacencia, los lamió y los sorbió. Al igual que si fuesen suyos y solamente suyos, se amarró a ellos como hacen los náufragos a la tabla de salvación...

Seguidamente, el duque la acogió en su regazo rodeándola con los brazos, y así permanecieron hasta que el estruendo de un trueno, muy superior al de los demás, los sacó del ensimismamiento. El fuerte golpeteo del agua contra el tejado y las cristaleras producía ya un ruido semejante al de la cascada de un río.

-No os distraigáis ahora con menudencias, mi señor, que el mundo ya no existe para nosotros. Permitidme...

Despojada del resto de las prendas, el duque quedó en holgada desnudez mostrando su espléndida androginia, ya familiar para Lúa. Descompuesta a más no poder, distrajo ahora sus dedos en palpar el retoño viril, gandul y desbaratado todavía, moroso en el despertar, blando y delicadamente suave, a la espera del artificio que lo sacara de su ofensiva somnolencia.

No contenta con aquella primera exploración de lo que tan novedoso podía resultar a quien hasta entonces había renegado de lo masculino, Lúa se acercó un poco más, e, inclinando la cabeza, lo cubrió con sus labios hinchidos por la lujuria para prodigarle múltiples besos sin vergüenza ni pudor alguno, ajena por completo a cualquier eventualidad no relacionada con sus imperiosas apetencias...

-Vagabunda soy de vuestro cuerpo afortunado, amada Eva, que la más dichosa entre las mujeres me considero al poder disfrutar de tanta magnificencia. Pero encuentro a vuestra virilidad como desfallecida y sin ganas, y eso me preocupa, pues hay una flor en mis jardines que debéis recoger con ella y nada más que con ella.

-¿Me mostraréis ese tesoro antes de tomarlo? ¿Seréis generosa para con mis ojos y permitiréis que me extasíe en su contemplación? ¡Ah, Lúa, Lúa! Tanta malicia y tanta inocencia reunidas a la vez en una sola persona... Que, siendo la amante de mi esposa, me recompensáis eligiéndome como el único afortunado *pour découper votre fleur...* Ciertamente, habéis desafiado mi virilidad inconsistente, pues barrunto un bullicio dentro de mí que, a no tardar, se manifestará en imparable erección, y esta vez sin otro estímulo que ver y recibir vuestro generoso ofrecimiento.

Apaciguados momentáneamente los fuegos de Lúa ante los buenos presagios de su consorte, se recostó sobre los cojines de la cabecera, y en radiante desnudez abrió por vez primera las piernas, dejando libre para la vista el asiento principal de su ser mujer. Complacida y generosa en el mostrar, sonrió al duque mientras retiraba la frondosidad de los negros y volubles zarcillos tras los que se ocultaba su femenina hendidura. “La cueva primordial”, pensó el duque para sí. “He aquí la caverna de los misterios, el símbolo universal de la Naturaleza generadora...”

Dando tiempo para provocar la impaciencia del compañero de lecho, rozó con sus dedos las cercanías vedadas una y otra vez, pasando los índices a lo largo del augusto portal hasta que, aquella demora, pasó a convertirse en desesperante tortura para el duque. Finalmente, se abrieron las puertas del bien

guardado refugio y aparecieron unos labios lozanos, sonrosados, cubiertos del rocío de sus entrañas dispuestas para la entrega, luminosos y pletóricos. Cuando por sí solos se desplegaron sin ninguna ayuda como una flor al presentir el alba, Andrés Otero pudo contemplar un magno velo defendiendo la entrada, emblema de la doncellez de la dama, que no de una pureza inexistente, apenas rasgado por una falla larga y curva como creciente de luna...

Bajo las luces y los fragores de la tempestad desencadenada, aquella prueba de la virginidad de Lúa se asemejaba más a una ordalía que a un simple cebo de la cortesana para vivificar el tardo instrumento de su acompañante. El propio duque, visto y comprobado lo que el más crédulo entre los crédulos hubiera dado por falso, detectó a través de las propias percepciones sensoriales el despertar del león dormido que habitaba su cuerpo. Sobre las bolsas lampiñas, se irguió su vástago como una serpiente perezosa. Poco a poco fue creciendo en tamaño y firmeza, hasta que, finalmente, dejó escapar de la vaina su más agresiva avanzadilla, asomando entonces una testa rosicler que al poco ya era grana. Lúa no se perdió ni un detalle de aquella gloriosa transfiguración y, a pesar de su arraigada inversión, deseó por primera vez en la vida ser avasallada por aquel miembro que se le antojaba descomunal para sus angostas y bien fortificadas entrañas... Pero, en su eclecticismo, el movimiento de la voluntad pudo más que los temores, sobre todo después de que el duque la aleccionara con las siguientes palabras:

-¡Ay, Lúa, Lúa, Lúa! Dama libertina, perversa y enamoradiza, que habéis abrevado de mil mujeres diferentes allá donde el amor pierde su nombre. Ni el más conspicuo y celoso de los maridos levantaría sospecha de vos, madura y entera, que nadie ha descornado todavía de vuestro cuerpo el velo de la doncellez... Y me concedéis a mí, precisamente a mí, el privilegio de vuestra desfloración. Mas, ¿acaso no habéis reparado que, si como hombre me halaga, como mujer me repugna lastimar vuestra integridad mutilando con empuje vigoroso ese admirable rasgo de vuestro ser?

-¡Oh, Eva de mis desvaríos! No me regañéis de nuevo con otro de vuestros sermones, yo misma disiparé vuestra duda. Venid aquí y tendeos, por favor. Seamos comprensivas, dejaos llevar por mí. Ambas haremos de nuestra devoción un acto lleno de ternura, y así, yo misma daré muerte al amor, cabalgando encima vuestro para ser alanceada sin remisión.

-Queréis decir que todo el dolor y toda la aflicción que os pueda causar el percance corre por vuestra cuenta... ¡Oh, gracias, querida! Me quitáis un lastre de encima, porque, a veces, semejante tarea no es fácil y mi femenina naturaleza la rechaza, aunque la otra se complazca en ello indeciblemente. Venid, que habéis operado en mí el milagro de la hombría...

Sin más palabras, el duque se tendió boca arriba para recibir a Lúa. Ésta, de rodillas, enfrentó sexo contra sexo, macho contra hembra, y, doblando el cuerpo, se abalanzó para llenar el de su contrario con besos y caricias llenos de veneración. De esta manera, el duque se aprestó para jugar su doble papel,

pasivo y activo a la vez, y la cortesana a romper una condición que iba para vitalicia.

Senos contra senos, Lúa se centró primero en experimentar el inefable deliquio del sometimiento unívocamente femenino, suave sobre suave, tierno sobre tierno, atractivo sobre atractivo, y, a la vez, como contrapunto, con armoniosa concordancia, en gozar de la novedosa sensación de la arrogante masculinidad del duque llamando a su puerta, pidiendo paso.

Lúa enardecida y el duque entregado, poniendo ambos en juego la elocuencia de sus cuerpos pletóricos, trataron de llevar a cabo la delicada e irrepetible operación. El duque plantó su herramienta, y Lúa, incorporándose sobre la propia posición, buscó introducirse en ella con cuidado extremo. Mas... ¡ay!, que aunque la llave estaba en buenas condiciones, la cerradura necesitaba de algunos retoques para eliminar las rebabas sobrantes...

El duque no tardó en percibir el enojoso toque obstaculizando su avance. Lúa, al echar ahora todo su peso encima, reprimió con un gesto de dolor lo que un grito lastimero podría haber sido. Dejóse caer de nuevo y juntaron sus cuerpos tratando de ensamblarlos. Lúa sollozó a causa del laceramiento provocado en partes tan delicadas por la falta de previsión y el exceso en las prisas. Su rostro reflejaba la amargura y el sufrimiento de la virgen doliente en su patíbulo particular. El duque, con labios llenos de ternura, enjugó sus lágrimas con los suyos y las sorbió, reconfortándola de ese modo por completo. Con tales agasajos Lúa cobró bríos suplementarios y, olvidando las tiranteces de la herida recién abierta, se dispuso a asesinar su doncellez con un nuevo intento.

Mediante una nueva maniobra, más calculada y menos impulsiva, ambos contendientes pugnaron por redimir aquel antro jamás explorado anteriormente, beneficiando ahora su contenido con las primeras delicias. Un pequeño avance permitió a Lúa apuntalarse sobre el masculino pivote, luego vinieron nuevos intentos que empezaron a ganar en cadencia, y así, el propio lecho se avino a acompañarlos en su movimiento.

Creció el dolor en sus entrañas vulneradas, pero, simultáneamente, también el impetuoso deseo de que resultasen arrolladas, vencidas y ocupadas, de que el invasor las saqueara y ganase para sí el inigualable botín, la preciada flor de la doncella. Viendo que abría brecha, Lúa comenzó a sonreír, y ofreciendo sus manos, ambos las entrelazaron, intercambiando a la par un mohín de reconocimiento mutuo.

Minada la integridad de Lúa, a punto de reventar el último bastión, el duque le salía al encuentro cada vez que ella descendía sobre su cuerpo. De este modo, sumadas ambas fuerzas en una sola, acabaron por ceder las resistencias y estrecheces femeninas más consistentes. El beligerante invasor derribó el parapeto, y atravesando el umbral de la inexplorada galería, se lo llevó por delante. Desmoronado el obstáculo, Lúa lanzó un gemido ahogado a causa del irreparable daño producido. Al constatar el duque el dolor y el

padecimiento infligidos en la expresión quejumbrosa de su compañera de liza, la atrajo hacia sí para proporcionarle el consuelo de unos besos fervorosos, llenos de atención y cariño.

La paciente recobró ánimos y compensó las penalidades que estaba experimentando con aquellos afectos, pero todavía quedaba un buen trecho por recorrer para culminar la operación, pues no había hecho sino comenzar. Andrés la dispuso otra vez sobre sí para que el propio peso de Lúa facilitase la penetración. En cuanto lo hizo, el sufrimiento volvió al rostro de la cortesana, que no había experimentado aún ningún placer en las laceradas entrañas desde la aceptación de la locura de suicidar su virginidad a manos de aquel andrógino de ensueño. En unos instantes tan críticos, empezó a rumiar la posibilidad del abandono, mas, comprendiendo que el desgarró no tenía otro motivo sino la contracción involuntaria de sus interioridades jamás antes ocupadas, juzgó necia la apreciación anterior y le acometieron nuevos arrestos para llevar a término lo iniciado, pues inútil y sin objeto habría sido todo dejándolo interrumpido y a medias.

-Tened valor, tened valor, querida mía. Es a causa del dolor que vuestras galerías no rezuman todavía los jugos de la pasión, y con ello, el avance se hace más ingrato.

-Me encuentro rota y sangrante por dentro, mi señor. La desgana se está apoderando de este cuerpo mío, las fuerzas me abandonan...

-Tened fuerte unos instantes, que yo daré cura a vuestra aflicción, Lúa de mis desventuras.

El duque la embistió nuevamente desde su yaciente posición. Lúa cerró a la vez los ojos y los puños, y hasta hubo de morderse los labios para aguantar el dolor de los furiosos empujones de su consentido amante. Inesperadamente, las paredes del invadido pasadizo sufrieron una convulsión intermitente. Era el primer síntoma placentero para la cortesana después de tanto sufrimiento. A continuación, se vieron inundadas por una efusión tibia y agradable, prolongada en repetidos derramamientos que tuvieron el maravilloso efecto de dulcificar las heridas producidas durante el acoso.

Tras recibir el mejor vulnerable posible, una expresión de relajación y sosiego se dibujó en el rostro de Lúa. El campeón quedó desgarbado sobre aquel lujoso lecho tras el enorme y desacostumbrado esfuerzo realizado. Su compañera de aventura, aprovechó entonces la fluidez recobrada para penetrarse a sí misma suavemente, desafiando de nuevo a los gozos clavada sobre el masculino espigón del duque... Pero éste no pudo llegar ahora hasta el fondo inescrutable, pues ya había abandonado su anterior estado de esplendor para retornar a las habituales modestias. Se mostraba misérrimo e insignificante, y ello, con gran desesperación para Lúa, que había comenzado a presentir un nuevo mundo de deliciosas gratificaciones. El hasta entonces belicoso ocupante abandonaba el nido del modo más indigno cuando más

halagadoras eran las expectativas de quien acababa de perder la condición virginal.

En medio de ese sombrío panorama, Lúa se echó a un lado del desfallecido andrógino con la intención de restañar sus heridas, dichosa y dolida a la vez, albergando la secreta esperanza de que una improbable recuperación de su par pudiera proporcionarle las satisfacciones recién vislumbradas en la lejanía...

-¡Oh, Eva querida! Por lo que más queráis, no me abandonéis a mi suerte... Aunque oí hablar algunas veces de los padecimientos que conlleva la pérdida de la doncellidad, jamás imaginé pudieran resultar tan atroces. En manos de otro hombre más rudo que vos, no habría sido capaz de soportarlo, segura estoy de ello... En mi ignorancia, confieso haber sido víctima de los fantasmas de los sentidos esperando un gozo inmediato de vuestra maravillosa duplicidad. Al parecer, el cruce de los sexos requiere el pago de sufrimientos multiplicados en la mujer, y yo no estaba mentalizada ni preparada para ellos...

Aplacadas sus estancias masculinas en instantes tan críticos, el duque sonrió mirífico como un dios ante su virgen, y, sin decir una sola palabra, llevó los labios a holgar por entre las magulladas partes objeto del asalto. Las besó, las recorrió, las enjugó, y, de ese modo, el estremecimiento feliz de ambos volvió a llenar el escenario de la anterior batalla amorosa...

-¡Ay, Lúa estimada, que estos trances son mejores de pasar en la primavera de la vida que en verano tardío! Pero ahora ya habéis pasado lo peor, y sólo os queda disfrutar del propio cuerpo. Para llegar a alcanzar ciertos placeres, son precisos algunos sufrimientos previos en la mujer, como ya conocéis de primera mano. Y no es que la Naturaleza haya descargado este castigo sobre las hijas de Eva únicamente como una maldición, según quieren hacer ver algunos teólogos, querida mía. De entre vosotras, muchas pasan el trance casi sin enterarse a causa de su constitución flexible. También hay hombres en los cuales, la estrechez del prepucio, o la presencia de un frenillo excesivo, impide total o parcialmente la penetración y requieren de la Cirugía para llevar una vida placentera con sus esposas. Otros, en cambio, no sufren de estos molestos inconvenientes en el bálano. Pero el clero santurrón y dogmático restringe el castigo divino única y exclusivamente sobre la hembra, con la excusa burda de la alegoría de la manzana del relato bíblico. Y el vulgo, todavía más ignorante, ha forjado así el mito de la desfloración traumática... Desgraciadamente, Lúa, vos estabais en la parte menos afortunada, pero eso ya pertenece al pasado. A vuestro pasado. Y también, cómo no, al mío... Ahora os espera la gloria, querida, la más deslumbrante de las ceremonias y el más radiante de los porvenires. Y todo ello, simplemente, por vuestra condición de mujer. ¿Sonreís? ¡Ah! Ciertamente, conocéis el alcance de mis palabras. No se os escapa que el cuerpo femenino constituye el primordial asiento del placer. Por contra, en el del hombre no se manifiesta sino como una caricatura, como un eco entrecortado, como una sensación abortada, porque el cuerpo del macho

no es un asiento propicio para que arraiguen esas insuperables sensaciones que a vosotras llegan a alcanzaros... Después del estallido de su ser, el varón cae agotado por el esfuerzo, como ahora yo mismo, y la estancia en aquel reino gozoso resulta para él tan fugaz como uno de estos relámpagos que nos están iluminando. Pero en la mujer... ¡Ay, en las mujeres...! ¡Qué envidia despertáis en esos clérigos tripones, en esos predicadores crápulas y nocherniegos que tanto frecuentan estos asuntos! Desde sus cátedras y púlpitos predicán la castidad, pero os vituperan, sabedores de la imposibilidad de poder disfrutar en sus propios cuerpos de esos éxtasis inacabables que a vosotras os diluyen en el júbilo derretidor de los sentidos... No hay palabras para describir ese estado de extrema postración en el que queda la mujer huida del mundo tras alcanzar la cima del eretismo femenino... Tal es la desgracia del varón, que, siendo el inductor de semejantes dichas, no puede compartirlas sino en una ínfima parte, y, en el mejor de los casos, conmoviéndose contemplándolas...

Tras el breve discurso, sellaron sus labios en un nuevo beso. Levemente incorporados de costado, empezaron a rozarse suavemente los pechos entre sí, contorsionando sus cuerpos con la dinámica de la lascivia... Afuera, las furias de la tempestad no cesaban, pero ambos amantes habían traspasado ya las fronteras del espacio y del tiempo. Así permanecieron un buen rato anclados en las golosinas de sus cuerpos, ajenos por completo a otra cosa que no fueran las disciplinas de las artes amatorias...

-Venid, Lúa estimada, pues por fin vais a conocer lo que un hombre puede inducir sobre el cuerpo de una mujer. ¿Estáis preparada para resistirlo? ¿Seréis capaz de soportar tanta dicha?

-¡Estoy preparada, mi señor! No sabéis bien cómo he estado ansiando últimamente que llegara este momento.

Dicho esto, la tendió espaldas arriba con las manos apoyadas sobre los ampulosos cojines, y el duque se posó encima con infinito cuidado, para así poder acceder a su compañera desde posición atrasada.

-¿Qué me vais a hacer, mi señor?

-Disfrutar, únicamente disfrutar, Lúa. Disfrutar como no podéis imaginar siquiera, vos que os habéis entregado siempre a los placeres monocromos de otras féminas.

Reanudaron entonces sus festejos en esa particular composición. Lúa volvía ocasionalmente la cara para mejor fundir sus labios con los del duque, y cuando la escondía bajo los cojines, era para ofrecerle las partes más llamativas clamando por ser atendidas. Sobre la nuca, los flancos del cuello y otras proximidades igualmente sensibles, el incierto varón le fue provocando diversas corrientes de estremecedores goces, que se dispersaron lentamente a lo largo de su cuerpo bienaventurado...

Privada así de sosiego, una desazón creciente cundió por toda ella. Además de entregarse sumisa a cuantos tiernos manejos dispuso tan dulce verdugo, sus nalgas comenzaron a inquietarse buscando alojar sobre ellas el

viril instrumento del duque. Fue así arqueando la espalda para levantarlas e ir en pos suyo con el objetivo de acoplarlo de nuevo en sus concavidades, suspirando entrecortadamente, pero no encontró nada, nada sino una masa informe y fuera de servicio, blanda, sin fuerzas, agotado todo su potencial por el esfuerzo previo...

-Hacedme vuestra, Eva, os lo suplico. Hacedme vuestra, poseedme con el hierro de vuestra virilidad...

Demasiado había hecho ya anteriormente el perezoso para cumplir su misión, sin necesidad de las habituales estimulaciones externas, como para demandarle una segunda monta y sin apenas descanso. El duque se vio así en el apuro de poder defraudarla y entregar los instintos de la cortesana al amor exclusivamente lésbico para siempre. Mas, ¿no estaban al pie del baldaquín los hilos salvadores, capaces de transportar el fluido sutil y vivificar sus órganos, faltos de la savia y del potencial necesario para entrar de nuevo en liza? ¿Y allí mismo, la manecilla conectora que realizaría el milagro al accionarla?

Lúa no pudo verlo dada su postura y la enajenación sensorial en que se encontraba. Sin dudarle un solo momento, el duque anilló sus muñecas con ambos hilos y a continuación accionó la palanca que los unía al reservorio eléctrico. Con el suave flujo de la corriente se produjo al instante la inervación de la sustancia nerviosa en el miembro adormilado, y a la incitación respondió éste con su característico comportamiento: tomó forma y consistencia, dureza y altura, y, una vez en pie de guerra, retó amenazadoramente al centro femenino que tan al alcance tenía.

Al roce del combatiente sobre la estrecha garganta de las postrimerías de su espalda, Lúa se vio recorrida por un delicioso escalofrío. Fue un maravilloso tónico para sus penalidades recién pasadas, realmente espeluznante... Recobrada la confianza y viéndose en trance de desembocar en un final de albricias como jamás había experimentado, levantó grupas de nuevo con renovado ahínco, en un desesperado esfuerzo por consumir la unión estrecha entre sus cuerpos. Hasta ella empezó a llegar también el hormigueo provocado por la conexión eléctrica, pero, tan centrada como se hallaba en busca de su objetivo, ni siquiera reparó en ello, pensando que era una particularidad producida por los varones...

A pesar del difícil acceso y ser novel en semejante comercio, tan sintonizados y deseosos estaban ambos, que, finalmente, el acoplamiento se produjo. A cada empuje del duque, Lúa gemía invadida por una singular mezcla de ligero dolor y una mayor parte de placer, hasta que, al cabo, las angosturas se dilataron y pudieron alojar holgadamente el huso masculino de principio a fin. Fue trabajoso, lento y no exento de dificultades, pero el esfuerzo tuvo su premio como remate, pues el penetrador llegó felizmente hasta el fondo.

Traspasada por el deleite una vez que la carrera del intruso en sus entrañas se hizo fácil, fueron incrementando el ritmo de los embates con que

mutuamente se acometían. La respiración de Lúa se tornó dificultosa, hecha de suspiros, aunque apenas era audible por la tronada y el aguacero. A su vez, el campeón andrógino de la cortesana permanecía impassible, ocupado únicamente en regalarle el triunfo de su virilidad en eclosión. A causa del prolongado y desacostumbrado esfuerzo, Lúa mostraba la frente perlada por el sudor, mientras el cuerpo lampiño del duque, bañado en exudaciones, fosforecía extrañamente a la luz vacilante de la estancia y la tormenta exterior.

-Ahora cerrad las piernas, cariño -susurró el duque al oído de su enardecida consorte.

Así hizo Lúa al instante, provocando el estrechamiento del invadido túnel y, con ello, un contacto todavía más intenso. Unos cuantos vaivenes de añadido, un incremento en el traqueteo del lecho, y el estallido de masculinidad se produjo repetidamente en la caverna que acababa de perder su condición virginal.

Tensando los brazos, el duque se incorporó con actitud de celebrar su triunfo, y en posición dominante, vació sobre las profundidades abisales del cuerpo de Lúa toda la reserva seminal disponible, exhibiendo íntegra la arrogancia inequívoca del macho que acaba de someter a la hembra.

Al sentir el cálido y generoso derramamiento dentro de sí, Lúa respondió con el eco de las contracciones de su interna cavidad, causando en el ocupante una sensación de aprisionamiento, como si ella tratara de retenerlo allí eternamente. Se diría que aquella experiencia única podría haber desterrado en la cortesana su afición por las féminas para el resto de sus días, tras conocer las posibilidades exclusivas que sólo un hombre entregado es capaz de ofrecer a la mujer, pero...

[Contactar con la autora](#)

[Volver a la portada principal](#)